

Discurso Estela Klett. - Promotion à Commandeur dans l'Ordre des Palmes académiques.

Señor embajador, autoridades presentes, amigos entrañables, queridísima familia:

Antes que nada, mi profundo agradecimiento por esta condecoración que me honra e incita a continuar trabajando con ahínco en pos de la difusión de la lengua francesa y las culturas francófonas.

A los 10 años, un evento fortuito me introdujo en el mundo de lo que luego sería el motor de mi vida académica en Uruguay y Argentina. Tenaz y decidida, negocié con mis padres cambiar las lecciones de piano por clases de francés. Había una justa razón. En la comunicación de la familia extendida de abuelos y tíos se alternaban el francés y el dialecto de los valles piemonteses valdenses, cuna de los bisabuelos. Los niños no entendíamos nada y a mí me sorprendía mucho oír constantemente el término “la petite”, “la petite” que en mi mente se asociaba a “apetito”. No imaginaba que los mayores en su jerga incomprensible estuvieran jaqueados por el hambre como los ogros de las historias que contaba el abuelo. Había que terminar con los misterios agazapados detrás de las nasalidades y resonancias guturales que escapaban de la boca de los adultos.

Estudiar francés era una necesidad imperiosa. Fui complacida y no resultó difícil encontrar una profesora en una zona de inmigración valdense, como es el Depto de Colonia en Uruguay, donde nací. En manos de Mme Bouissa, seguí con pasión los vaivenes de la vida M. Vincent y su familia contados en el libro de Mauger bleu. Puedo decir entonces siguiendo a Victoria Ocampo que: «depuis mon enfance le français m'a collé après et je n'ai jamais pu m'en dépêtrer» (se me pegó el francés).

Con paciencia e impaciencia a la vez, me fui acercando a la lengua que elegí y nunca ha dejado de acompañarme. Ella también me eligió y acogió. Las palabras extranjeras comenzaron a fluir y me iba adentrando poco a poco en su alma. ¡Qué placer captar los ritmos y las nuevas sonoridades deslizándose en un juego realmente mágico! Las canciones de cuna de la abuela cobraban sentido y transmitían una fuerza trabada por años de incomprensión.

Cada día el francés ocupaba nuevos rincones de “la inmensa mansión que es una lengua” en palabras de Akira Mizubayashi (2011) o en “la segunda morada” en la bella imagen del escritor franco marroquí Tahar Ben Jelloum. La lengua se sedimentaba en una simbiosis afectiva de gran enriquecimiento.

A los 20 años, un evento extraordinario marcó para siempre el rumbo de mi existencia: obtuve una beca del Gobierno francés para estudios en Grenoble y, luego, París. Nada mejor me podía haber pasado. Una bisagra en mis experiencias de vida.

Entonces comenzaron los viajes: por un lado, la simple movilización física y, por otro, el viaje como poderosa metáfora para explorar la existencia, la búsqueda de conocimiento y el crecimiento personal. Muchos recorridos se abrieron ante mí para enfrentarme a la diversidad en todas sus formas. El universo literario y sus innumerables facetas tan diferentes de las que había conocido en el modesto liceo de mi pueblo natal. Me adentré en los complicados vericuetos de “l'analyse des textes, la dissertation française et le commentaire composés» (ejercicios desconocidos para un rioplatense en aquel momento).

En este andar hubo mucho esfuerzo y hasta diría sufrimiento, pero la compensación fue otro aspecto del viaje: el relacional. Me refiero a la ayuda que me brindaron compañeros de la facultad que tomaban apuntes con papel carbónico y me entregaban una copia (no había fotocopias, ni posibles PPT para sacarle fotos con el celular). Ese intercambio de apuntes manuscritos constituye un recuerdo indeleble en mi archivo memorial.

Volviendo a la metáfora del viaje sabemos que ofrece la posibilidad de aprender de la experiencia, comprender otras culturas y ampliar los horizontes mentales. Así, el recorrido lingüístico-cultural de los años de beca me proveyó un hobby (“un dada”, “une marotte”) apasionante: estudiar y comparar las palabras francesas y rioplatenses para descubrir conexiones como la que hay entre el sabroso “miñoncito” que comemos con el asado y la exclamación embelesada de la abuela que mira al nieto bebé y exclama: “qu'il est mignon!”. Tal como un palimpsesto, las palabras poseen sedimentos. Percibirlos e indagar sobre su constitución, agregados, pérdidas o huellas culturales es una tarea emocionante casi embriagadora que llena

mis días de jubilada.

Los distintos aspectos del viaje a Francia que mencioné me proporcionaron, sin duda, un mar de conocimientos. Sin embargo, el punto clave en mi formación, fue que me alejaron del pensamiento único, compartimentado, lineal y simplificador. He tenido la enorme suerte de vivir entre lenguas y entre países. Para mentes abiertas, puede convertirse en una vía para romper prejuicios y un llamado a la acción para tender puentes de comprensión entre los humanos como propone sabiamente Edgard Morin.

Concluyo invitando a la audiencia al viaje que brinda el aprendizaje de lenguas en plural. Recordemos los versos del poeta Du Bellay en el libro “Las Añoranzas” (1558) cuando decía: “*Heureux qui, comme Ulysse, a fait un beau voyage (...) Et puis est retourné, plein d’usage et de raison, Vivre entre ses parents le reste de son âge!*” ¡Feliz quien como Ulises ha hecho un largo viaje, y a casa tornó luego, maduro, experto y sabio, a vivir con los suyos el resto de sus años!

Muchas gracias.

Referencias bibliográficas

-Mizubayashi, Akira (2011) *Une langue venue d’ailleurs* (Préface de Daniel Pennac). Paris: Gallimard

-Du Bellay, Joachim (2020 [1558]) *Les Regrets*. Paris: FB Éditions